

LA PLASTICIDAD (DEL CEREBRO), LA FLEXIBILIDAD (DEL LENGUJE) Y LA RESILIENCIA (DEL LECTOR)

Malabou, Catherine (2004) "¿Qué hacer con nuestro cerebro?". Editorial Arena Libros. Serie Tiempo al Tiempo. Traducción de Enrique Ruiz (2014). ISBN: 9788958975558. Tercera parte: "Sois Vuestras Sinapsis". páginas 76-86.

Grupo de Estudio Filosofía del Dolor. Facultad de Filosofía. Universidad Javeriana. Profesor: Luis Fernando Carmona. Relator: Jaime Jaramillo. Fecha: 01/04/2024.

Introducción

En el documento previo, opiné que contrario a lo expresamente manifestado por Malabou en el primer párrafo de la introducción de la obra "*¿Qué hacer con nuestro cerebro?*", la autora finalmente SI cedió a la "*facilidad de la analogía formal*" y terminó conformando un relato de "*prestidigitación retórica*". Mi desconfianza es intuitiva, producto de mi "deformación" profesional como médico y editor científico, pues a primera vista fui incapaz de reconocer "las formas" convencionales de las publicaciones dedicadas a la divulgación científica (Introducción, Metodología, Resultados, Análisis y Discusión), a la disertación social (Describir, Relacionar, Comparar, Analizar, Argumentar, Aplicar) o a la investigación filosófica (Lógica, Crítica, Hermenéutica, Fenomenológica, etc). En cambio, como ávido lector de cuentos y novelas cortas, descubrí fácilmente la forma de un relato literario básico en tres actos (introducción, nudo y desenlace), a la manera de una buena fábula, con tres personajes protagónicos, la buena plasticidad, la hipócrita flexibilidad y la conciliadora resiliencia.

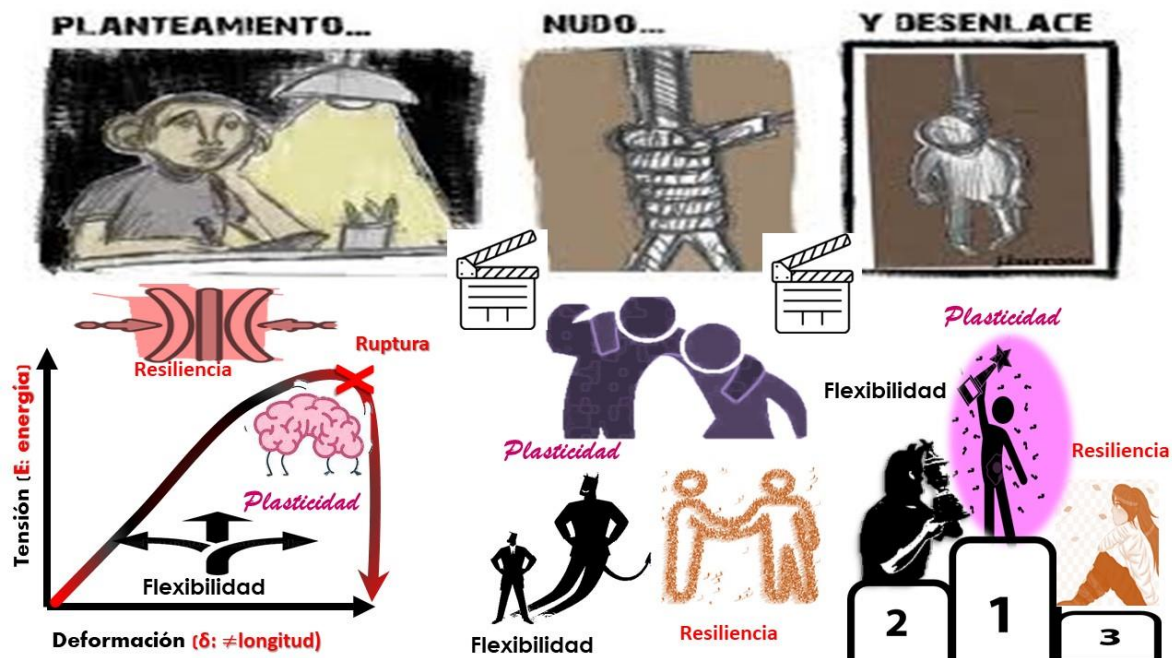
Basado en mis prejuicios, tuve la impresión visceral de que la obra que debía analizar en este informe tenía un carácter literario, que era un ejercicio emancipado de la física, la biología o la sociología sobre la sinécdoque libertaria. En fin, a primera vista estimé que se trata de un manifiesto político personal sobre la libertad individual y colectiva, no de una obra de divulgación científica. Sin embargo, me resultó imposible obedecer solamente a mi intuición haciendo caso omiso de la enorme aceptación recibida por las obras de la autora dentro de la comunidad académica, especialmente entre sus colegas, los filósofos, a quienes, sobra decirlo, tengo en gran estima.

Confiando en mi profesor y en mis discípulos más aventajados, quienes me advirtieron en la reunión anterior de este foro académico que estoy frente a un proyecto novedoso de experimentación filosófica, acepté que mis escasas luces en esa materia me impidieron concederle el valor intrínseco que realmente tiene el libro titulado "*¿Qué hacer con nuestro cerebro?*". A partir de esa premisa alternativa, releí con suma atención el fragmento C de la tercera parte, limitado entre las páginas 76-86, que trata sobre "otros tipos de plasticidad" de las sinapsis neuronales. A continuación, presento mi "análisis crítico" de esa relectura.

Observaciones metodológicas

El relato nos cuenta como la plasticidad cerebral cumple con los loables cometidos de darnos identidad histórica e íntima como individuos mientras nos incita a protestar contra el orden social. En el planteamiento del problema, los conceptos y definiciones provenientes de la física de los materiales inertes prestaron los nombres para caracterizar a tres hermanas gemelas, quienes en apariencia combaten contra un enemigo común (la pérdida del “proto-Si mismo” o del “nosotros”) con un propósito superior, que sería evitar la “aniquilación de la forma”. En el nudo, el lenguaje recientemente adoptado por las neurociencias fue la “arcilla” que arrojó a las argumentaciones en favor o en contra de la personalidad de cada una de las trillizas, pues mientras la falsa amiga de la flexibilidad nos engaña haciéndonos creer que el cambio en la forma (cerebral y neuronal) es un mal necesario y la conciliadora resiliencia genera vanas esperanzas de supervivencia para la forma (mental y espiritual), la bondadosa plasticidad realmente logra salvar a la forma (histórica y psíquica) de la “explosión” o la “auto-destrucción”. En el desenlace, las metonimias físicas, biológicas, históricas, sociales y éticas ayudan a la distinguida filósofa a estructurar su moraleja política: la plasticidad de las sinapsis tiene la capacidad de explicar la “ideología neuronal”, de liberar a la sociedad de la “cárcel capitalista” y de despertar a la filosofía de su “irresponsable torpor” (ver figura1).

Figura 1. Actos y personajes del relato



Fuente: el autor, a partir de imágenes tomadas de la internet.

Posiblemente, por las objeciones expuestas en los párrafos anteriores, quienes hemos sido editores de obras científicas alentamos a los autores para que eliminen de sus textos los adjetivos calificativos, para que citen las definiciones universalmente aceptadas de los sustantivos seleccionados como sujetos de los hechos descritos y para eviten la verbalización de los sustantivos contenidos en las acciones dentro de los predicados de sus oraciones. También nos aseguramos de que usen verbos que describan operaciones, procesos o faenas claramente reconocibles, que recurran al pasado perfecto de esos verbos para enunciar los resultados de sus experimentos y que, cuando sea necesario, encuentren el adverbio de tiempo, modo o lugar más adecuado para construir las frases que complementan el sentido correcto que debe darle el lector a una idea expresada mediante el texto de la oración. Habitualmente, esperamos que los autores apelen a la lógica formal, a las reglas de la experiencia o de la ciencia y al lenguaje llano para argumentar. Por último, pretendemos que organicen los párrafos de manera inductiva o deductiva, según las características de la idea principal que se quiere exponer, analizar o discutir. En cambio, los editores de obras literarias y de ficción conceden licencia a los autores para que le den a las palabras el sentido poético que ellos prefieran, para que usen de manera florida los adjetivos calificativos, para transmuten a su capricho los tiempos narrativos del presente al pasado o al futuro imperfectos e perfectos, para que entretejan sus textos con arquitecturas narrativas novedosas animándolos a trascender los límites de la lógica formal, del racionalismo científico y de las convenciones sociales.

Mutaciones verbales

Dado que el lenguaje es la herramienta de trabajo cotidiana de los filósofos, uno esperaría un uso prudente de las palabras. Malabou nos explicó que su parafraseo de la oración de C. Marx fue motivado por el interés de demostrar que las nociones biológicas (cerebro) y sociales (historia) no son antitéticas sino sintéticas, pues de manera semejante a como “los hombres hacen su historia”, sin que nadie lo note, la plasticidad modula esas acciones sigilosa y anónimamente, a escondidas del propio cerebro y de la conciencia de sus dueños. También explicó, que la plasticidad es antónima de rigidez, porque implica la posibilidad de mutar permanentemente la forma de un material o de un ser vivo, y es dinámica, porque se activa cuando se aplican fuerzas externas y se torna irreversible cuando las tensiones superan el rango máximo de deformación elástica de la materia. Usando la homofonía de lo plástico a los explosivos, Malabou afirma que los extremos de la plasticidad neuronal son la escultura o modulación, en un extremo, y la explosión o destrucción, en el otro extremo.

Estos abusos lingüísticos dan origen a la conformación de una falacia física y una fábula biológica. Afirmando que se trata de una falacia física porque el cambio irreversible de la forma original no es una destrucción como resultado de una deflagración, sino que es la expresión natural de una característica intrínseca de la materia, pues desde el principio ese objeto era parcialmente deformable; en

consecuencia, los extremos de la plasticidad son la posibilidad de deformación preexistente y la nueva conformación, posterior a que se torne imposible que la materia recupere su forma original. Afirmo que es una fábula biológica, porque “humaniza” al objeto (cerebro) y le concede autodeterminación a un concepto fisiológico (plasticidad neuronal), como si ambos personajes y sus actos respondieran a una voluntad superior, cuando en realidad estamos frente a los caprichos narrativos de un autor que se sirve de las homofonías sobre los materiales plásticos inertes para concluir que la dinámica de la plasticidad neuronal se extiende desde la auto-modulación hasta la auto-destrucción, pasando por la autotransformación de la personalidad y la liberación de los grilletes mentales de los seres humanos.

La flexibilidad, otro antónimo de rigidez, es una característica de los objetos y los sujetos, que consiste en doblarse fácilmente en respuesta a las necesidades internas o a las circunstancias externas. En la física, se considera sinónimo de ductilidad, una característica de los metales que permite cambiar su forma luego de aplicar una mínima cantidad de energía externa. En biología, se considera sinónimo de movilidad, una característica de los músculos y las articulaciones que permite alcanzar mayores grados de amplitud con mínimo esfuerzo. En psicología, la flexibilidad es un mecanismo de defensa mental que le permite al individuo pensante adaptarse sin mayores dificultades a las circunstancias cambiantes de la vida. En bioética, la flexibilidad es un valor moral y al mismo tiempo una ventaja adaptativa que le permite a la persona mejorar su convivencia y entendimiento con los demás, porque lo capacita para sobrevivir ante los cambios de su ecosistema. Para Malabou, la flexibilidad es un “falso amigo”, “un avatar ideológico de la plasticidad”, una expresión despreciable, porque no implica la recepción y la conservación de una forma original sino que hace parte del concepto social de plegarse sin ingenio, de borrar la huella del pasado, de no explotar frente a la deflagración, y por ello los neurocientíficos “neodarwinistas” usan la palabra flexibilidad como eslabón intelectual para anclarse al pasado o como mecanismo de coerción social para mantener el control político.

La resiliencia, otro antónimo de rigidez, es la capacidad de un material inerte o de un ser vivo para recuperar el estado inicial luego de que cesa una fuerza externa que mutó su forma original. Cuando la energía aplicada sobrepasa el límite de la resiliencia probada, se produce una deformación permanente y por ello en física se considera sinónimo de elasticidad, pues se refiere a la capacidad que posee un material para absorber la energía, deformarse ante una tensión externa y liberar la energía cuando se elimina la tensión, reasumiendo la forma original. En biología, se usa con el fin de describir la capacidad de un sistema ecológico para recuperar sus propiedades preexistentes, después de haber sido alterado por una perturbación externa. En el ámbito de las neurociencias, el concepto de resiliencia tiene que ver con múltiples habilidades mentales y predisposiciones psicológicas que le permiten a un individuo o una comunidad superar situaciones críticas enfrentando los peligros

planteados, por lo que se modifica el comportamiento y la manera de pensar mientras se pelea, pero luego de sobrevivir se recupera la capacidad para vivir el día a día, de conformidad con los criterios de bienestar y felicidad previos. Para Malabou, la resiliencia es un tipo de resistencia inútil porque responde a la lógica de reconfigurarse, “autoengendrando” una nueva homeostasis. Por ello, la resiliencia del sujeto finalmente conduce a la “eliminación de la forma”, a la “supresión del porvenir”, y a la transformación de “la huella histórica”.

Entonces, es claro que para los neurocientíficos resultó tentador establecer analogías entre los conceptos relacionados con las permutaciones espacio-temporales de las formas y el intercambio en los estados de la materia orgánica, como respuesta adaptativa a las fuerzas del medio interno o externo y a la necesidad de sobrevivir dentro de los eco-sistemas mientras se producen procesos de desarrollo cerebral, de maduración mental y de recuperación posterior a lesiones corporales. Lo novedoso aquí es que una filósofa acreditada por sus pares se apropie cómodamente de las mismas analogías para extender los conceptos de la física hasta los campos de la neurobiología y de la bioética con el fin de invadir el terreno de las ciencias sociales para terminar formulando una teoría filosófica. Por ello, me resulta sorprendente que la comunidad académica le conceda una calificación sobresaliente a una fábula sencilla que relata las viejas historias que conocemos desde que éramos niños, pero recurriendo al truco de concederle de manera artificiosa, poco ortodoxa y seudocientífica nuevos significados al lenguaje cotidiano.

Las mutaciones verbales que no encontró el ChatGPT.

Desde mi punto de vista, las propiedades físicas de la materia, los procesos dinámicos de los entes biológicos y los contenidos de la mente “*son lo que son*”. No admiten calificativos como buenos o malos, ni indiferentes amigables o cómplices, pues en sí mismos estos conceptos científicos carecen de moralidad, de sentido social y de determinismo político. Tal vez, el único principio universal o Ley de la ciencia que podría explicar la moralidad de la vida, es la “energía” que impulsa a todos los entes con voluntad propia a invertir grandes esfuerzos para continuar en el mismo estado (vivos). Para la ciencia, el origen y las consecuencias de esa “energía vital continúa siendo un misterio, que consideran inexplicables mediante la investigación formal y por ello los científicos renuncian de antemano a explicar sus hallazgos en el plano metafísico. En este caso, el concepto de “*preservar la forma original*” podría ser una manera distinta de expresar lo mismo (“*mantenerse vivo a toda costa*”), pero de una manera más críptica, al punto que resuena como novedosa.

Sin embargo, hay normas científicas y reglas de la experiencia que considero como límites aceptables a la hora de formular hipótesis novedosas. Por ejemplo, es lícito usar el lenguaje coloquial y la sinonimia para describir conceptos abstractos que son difíciles de explicar, pero esto no concede licencia para atribuirle a un ser vivo

características materiales o finalidades biológicas a partir de las metáforas. También es factible especular sobre el contenido de la mente a partir de la anatomía del cerebro o sobre la función de una o varias neuronas a partir de la fisiología de la sinapsis; pero, considero una arbitrariedad extender esas enmiendas al concepto originario al plano comportamental o existencial del sujeto y luego ampliarlo a su interacción social o a las meditaciones antropológicas y manifestaciones políticas para terminar soportando una exploración filosófica.

Comentario científico sobre las ideas expuestas en el texto (luego de la relectura).

1. Primera idea expresada por Catherine Malabou entre las páginas 77 y 80.

Es comúnmente aceptado que las sinapsis dan forma y reforman a la personalidad, dentro de los límites del polimorfismo. Entonces, ella consideró necesario adicionar una cuarta dimensión a la plasticidad neuronal, además del desarrollo, modulación y reparación del cerebro, que sería una matriz neuronal donde radica la “singularidad de la persona”. Este tipo plasticidad se situaría en el intermedio entre la plasticidad del “*proto-Si mismo*” y la del “*Si mismo consciente*” y sería la fuente de la “idealización del si mismo”. A continuación, la autora invoca la “teoría del paso” para transformar esa cuarta clase de plasticidad en otro tipo de matriz neuronal, que sería la “plasticidad de paso”, una dimensión omitida sospechosamente por las neuro-ciencias, pues allí se mediarían las interacciones entre la “proto-plasticidad” y la “plasticidad de experiencia”, que es precisamente la dimensión reclamada por la autora para explicar la “idealización del ser y del somos como una «singularidad libre»”. Sin embargo, la autora reconoce que estas dos formas novedosas y diferentes de plasticidad solo se pueden explicar mediante la “meta-neuro-biología”.

Como dijo el anatomista, disequemos esta pieza por sus partes.

- a) Lo que es de común aceptación es que existe una estrecha relación entre la capacidad del sistema nervioso para cambiar su estructura y su función y las llamadas “funciones mentales superiores”, entre las cuales se encuentran los rasgos de la personalidad, pero también la memoria, la capacidad de aprendizaje, la introspección, la prospección y las conductas adaptativas, conscientes e inconscientes, así como las expresiones corporales, verbales y no verbales. Los procesos neurobiológicos que subyacen a las funciones mentales superiores implican modificaciones constructivas o destructivas sobre las neuronas y sus sinapsis, cambios funcionales que pueden ser transitorios, persistentes o definitivos, y también la conformación, eliminación o transformación de redes neuronales durante el desarrollo embrionario, a lo largo de la existencia y como respuesta a lesiones nerviosas. Las conexiones anatómicas entre las redes neuronales pueden ser en línea o en paralelo y las interacciones funcionales entre estas redes pueden encender, apagar o modular circuitos complejos para generar percepciones

sensoriales, ideas, recuerdos, acciones motoras voluntarias o involuntarias, manifestaciones lingüísticas y conductas individuales o sociales para responder frente a los cambios medio-ambientales o del “mundo interior” del sujeto” o a las presiones del grupo. Por ello me resulta quimérico enumerar la manotada de 5 de formas de plasticidad sináptica reconocidas por Malabou, pues intuyó que entre los trillones de sinapsis y billones de neuronas contadas hasta este momento en cualquier persona, se podrían identificar centenares o incluso millares de formas diversas para explicar las expresiones de la plasticidad biológica sobre el contenido mental y espiritual.

- b) El concepto de neuromatrix plantea la existencia de circuitos formados por diversas estructuras neurales superiores cuya función concertada genera una “neurofirma”, un patrón característico de la actividad nerviosa de cada individuo. Se entiende que la neuromatrix es el producto de la interacción entre el substrato genético-biológico neurológico y la presencia de los estímulos externos o internos que la activan, razón por la cual cada persona se comporta de manera diferente frente a una vivencia similar. Es decir, que sería imposible medir la impronta que una neuromatrix particular genera en la experiencia vivida por una persona frente a una situación interna o externa; en consecuencia, no se entiende como una neuromatrix podría determinar la concepción de la ciencia sobre la idea que cada persona podría tener sobre si misma.

Por ejemplo, en el caso de la neuromatrix para la nocicepción, participan tanto las estructuras del sistema nervioso central directamente relacionadas con la percepción dolorosa (receptores, neuronas sensoriales, del asta posterior de la médula espinal, del tálamo y de la corteza cerebral) como aquellas no se asocian directamente con la nocicepción, como el sistema límbico (hipocampo y amígdala), el sistema espinotalámico, las áreas prefrontal, insular y cingulada anterior y posterior de la corteza cerebral, el hipotálamo, el locus ceruleus, los núcleos del rafe y la sustancia gris periacueductal, donde se le conceden las dimensiones fisiológicas, emocionales, subjetivas y existenciales a una experiencia dolorosa y por ello hacen parte constitutiva de esta neuromatrix y le confieren su capacidad para modular los procesos regulatorios de la transmisión nociceptiva, tanto en sus aspectos sensoriales como afectivos, conductuales y cognitivos. Por ello, el dolor se considera un fenómeno dinámico, complejo, con intensidad y naturaleza irreplicable e incomparable entre dos sujetos de la misma especie o de un grupo poblacional similar.

- c) La plasticidad del “proto-Si mismo” y del “si mismo consciente”, que la autora reconoce haber tomado de las primeras obras del médico neurólogo Antonio Damasio, las cuales sirvieron como dar las bases neurobiológicas primigenias a una nueva disciplina, la “neuro-ética”. En el año 2003 Damasio tenía la esperanza de que ese nuevo camino podría “situar a la construcción de la mente humana en la historia de la biología y de la cultura”, y serviría

para reconciliar al humanismo tradicional con la ciencia moderna, de modo que *“la dignidad humana no sólo se conserve, sino que salga reafirmada”*. Sin embargo, en la época en que fue escrito el texto de Malabou (2004) esta disciplina estaba en pañales, porque apenas estaban apareciendo las nuevas tecnologías en neuroimagen y neurofisiología que posibilitaron la exploración de la dimensión moral del ser humano desde las neurociencias. La evolución de los conceptos sobre la conciencia en general y de la conciencia moral desde la neurología, así como su influencia social y en las decisiones personales, permiten afirmar que hoy en día que la vida, como valor biológico del cuerpo-cerebro, es producto de una interrelación compleja entre lo psíquico y lo espiritual; es decir que aparte de lo biológico, la formación epi-genética del cerebro necesariamente introduce en la ecuación neuro-ética lo cultural, lo educativo, lo moral, lo ético y lo legal que afecta el entorno de cada hombre y de la sociedad en donde se forma y transforma su cerebro. Por ello, hoy en día nadie se atreve a concederle un lugar anatómico ni una función específica a la posible dimensión moral que se produce en nuestras sinapsis.

d) No solo Malabou, todos los neurocientíficos reconocen que el sendero entre la neuro-biología y la neuro-ética propuesto por Damasio aun no ha sido recorrido; en consecuencia continúan dejando que la “meta-física” se ocupe de esos asuntos. No considero que esto sea un indicio cierto de una impostura política y tampoco creo que sea el resultado de “conspiración de sabios”; pienso que esta realidad de nuestro tiempo presente como, dicen los españoles *“es lo que hay, joder, que más quieres”*. Entonces, la supuesta “meta-neuro-biología” que la autora valientemente se animó a explorar para identificar la quinta forma oculta de la plasticidad se me parece mucho a la “parapsicología” con la cual muchos charlatanes explican los improbables resultados de sus experimentos esotéricos.

2. **Idea expresada por Malabou entre las páginas 80 y 84.** El cerebro se representa a si mismo, mediante una complicidad llena de sobresaltos se crea la tortuosa senda que va desde lo cerebral hacia lo psíquico y lo mental. Dicha senda implica a la economía tradicional de la contradicción, pues supone la negación y la resistencia, la transformación de lo uno en lo otro, a partir del conflicto mutuo. En su concepto, la aparición de lo mental implica un borrado de lo neuronal, de su historia; partir de una página en blanco, se construye a la identidad personal, lo cual necesariamente significa que la explosión o la destrucción del uno se acompaña con la resistencia y la negación del otro, de tal manera que las formas alternas de plasticidad dan paso a la creación de algo nuevo, que se salvó de la destrucción dictada por el determinismo genético. Esa nueva creación sería “la energía espiritual”, un movimiento continuo y voluntario que determina a nuestro psiquismo para “anular” o “explotar” a la matriz neuro-biológica donde originalmente residía nuestra identidad personal.

Como dijo el culebrero, *“no me toquen a margarita, porque los muerde, dejémosla dentro de la canasta”*. La autora reconoce que al hablar de “explosivos” no quiere darle un cariz terrorista a la neuroplasticidad, sino que pretende darle un sentido libertario a las descargas energéticas espirituales que producen el nuevo estado mental. Advierte que, si fuésemos simplemente flexibles, si no se destruyera un poco de algo, seríamos incapaces de sobrevivir, de posibilitar nuevas homeostasis en nuestro sistema nervioso o en la totalidad del organismo vivo y de mantener una actitud creadora para los nuevos “mapas mentales” e imágenes que facilitan las interacciones entre el individuo y su medio ambiente, para construir una representación más reciente de la realidad. Es decir, que aún existe una misteriosa autopista entre la neuroplasticidad y las conductas observables de las personas; entonces, sería arriesgado aventurar predicciones sobre el sentido moral de las decisiones que se fraguan al interior de nuestro cerebro.

3. **Idea expresada por Malabou, entre las páginas 84 y 85.** Se basa en los conceptos sobre la resiliencia mental de Boris Cyrulink, un médico neurólogo y psiquiatra descendiente de judíos franceses, quienes murieron como resultado de las penalidades sufridas durante la ocupación alemana. A partir del ejemplo de “pequeños villanos” (judíos franceses victimizados por los nazis) y de los huérfanos rumanos adoptados por familias francesas, quienes fueron maltratados física y mentalmente y abandonados emocionalmente en los orfanatos de estos tiranos, hasta que llegaron a su punto de quiebre, la autora desarrolló el concepto de la “resiliencia razonada”. En su opinión, esos niños “auto-engendraron” una nueva homeostasis que les permitió sobreponerse a las circunstancias destructivas, borrar sus huellas y crear un devenir histórico diferente. Para Malabou, ese resultado no proviene de un movimiento continuo, de una energía espiritual renovadora, sino de una flexibilidad inconstante, que una conciliación pasiva que se resiste al cambio y que finalmente deja huellas cerebrales y comportamentales indelebles.

Como dijeron los comentaristas de la premiación de los Óscar a las mejores películas del 2024, percibí cierto tufo de intriga por parte de los intelectuales judíos. Siendo tan y amplio y diverso el mundo de los neurocientíficos, la autora cito como fuente de sus reflexiones a Bergson, L. (supongo que se trató Henry Louis), a Jenneroud, Marc. y a Cyrulink, Borismm, tres judíos francés. El primero, es un escritor y filósofo, fallecido en 1941, merecedor del premio nobel de literatura en 1927, principalmente por la belleza artística de sus obras sobre la risa y el espíritu humano. El segundo es un neurofisiólogo, fallecido en el 2011, merecedor de la legión de honor en 2008, por sus aportes a la academia de ciencias, pionero de los estudios del cerebro usando la tomografía de emisión de positrones y los modelos computacionales en línea para tratar de entender el funcionamiento del cerebro humano, cuyos trabajos previos al 2004 se

enfocaron en la neuro-lingüística, pues aún no había desarrollado sus teorías sobre la percepción visual y sobre el control motor ni había adelantado sus hipótesis sobre la meta-lingüística y la conciencia del sujeto pensante.

El tercero, Boris Cyrulink, aún vivo, merece párrafo aparte. Me bastó con ver los videos del llamado por un colega suyo *“vedette de la psiquiatría televisiva”* para entender que su discurso tiene como trasfondo la reconocida ofensa contra los niños judíos. Es cierto que sus teorías sobre el desarrollo del “apego emocional” y sus trabajos sobre la construcción de la “resiliencia emocional” son de general aceptación y se consideran vigentes, pero sus creencias sobre el sufrimiento como un opción individual y sobre la libertad para oponerse a los tiranos fueron descartadas por “reduccionistas y simplistas”, más propias del optimismo que pulula en los libros de auto-ayuda, pero que suelen estar ausente en las publicaciones de los psiquiatras, quienes en general conservan su escepticismo frente al pasado, presente y futuro de nuestra especie. Sin embargo, lo que quiero resaltar aquí es que los trabajos de ese autor se centran en los daños emocionales generados en el desarrollo mental por las agresiones físicas o espirituales contra “el ser” durante la infancia, no en la resistencia racional frente al daño neuronal de un humano maduro, que sería su opuesto sintáctico.

A la resiliencia hoy en día se la considera como una característica de la personalidad individual que le concede a esa persona la facultad para sobreponerse a las desgracias de la vida. En consecuencia, aplica para la resiliencia lo mismo que dijimos sobre las demás facultades mentales superiores, que es producto de una interacción compleja y pluridimensional entre la epigenética, la biología, la cultura, la educación y la interacción social y que ocurre durante toda la vida. Esto quiere decir que no sería un proceso regenerativo de la homeostasis “autogenerado” al interior de las sinapsis del cerebro en un momento dado del desarrollo neurona; tampoco sería un el resultado de la destrucción y creación de nuevas identidades del “Yo” mental, ni de un borrado del sustrato biológico de la memoria histórica sobre el “Proto-Si mismo”. En el mismo sentido, escapa la resiliencia a la comprensión conscientemente razonada por la víctima del sufrimiento mental o espiritual, lo cual convierte en un oxímoron a la expresión “resiliencia racional”. En realidad, desde mi punto de vista, la resiliencia emocional no tiene relación causal directa con el concepto de plasticidad neuronal. Por ende, le concede al texto la apariencia de una “mosca en la leche”.

Conclusiones

Dudo mucho que exista alguna “forma perfecta” que merezca ser preservada, porque la vida misma tiene una naturaleza cambiante, en tanto que lleva implícita la posibilidad de la muerte. El origen y el destino de la vida y de la muerte han sido y

continúan siendo un misterio irresoluto en el plano de la ciencia, y por ello dejamos a los filósofos, a los teólogos, a los moralistas y a los dogmáticos de la fe el trabajo de reflexionar sobre esos tópicos trascendentales del pensamiento humano en el plano meta-físico. Esos dos mundos se encuentran en orbitas diferentes y hasta la fecha ni siquiera lo más osados pensadores se han atrevido a saltar entre ellos como si fuese lo más normal. Malabou, considera mucha gracia trasegar los límites de esos dos mundos, mientras la comunidad académica le aplaude tanto donaire. Como literata enmascarada, encuentro cierto encanto en su desvergüenza y por ello como lector agradeceré por siempre haber tenido la oportunidad de rechiflar sin misericordia a su obra "¿Qué hacer con nuestro cerebro?". Entonces, yo habría contestado simplemente con una línea, parafraseando a la chilindrina "*pos nada... o que «quere que haga»*"

Reconozco, que al igual que los demás dueños de un cerebro, yo tampoco sé qué hacer con él. Desconozco la existencia de algún estándar que sirva para medir y localizar a la plasticidad neuronal desencadenada antes, durante o después de una lesión física, mental o espiritual. Acepto pacíficamente que mis conocimientos y experiencias continúan siendo insuficientes para interpretar o predecir las conductas humanas. Renuncio de antemano a creer que los sujetos vivientes estemos impulsados por una moral universal o las posturas políticas se deriven de la plasticidad en las sinapsis. Considero un esfuerzo fútil construir reglas de la ciencia para normatizar al accidente.

Ante el quiebre de mi resiliencia como lector de las obras de esta autora de relatos literarios básicos pero redactados con lenguaje excesivo y sintaxis difícil, mi esposa me aconsejó que sería moderno y de buen gusto citar textualmente a Karol G. para interpelar a la "filósofa feminista" al final de este artículo: "*Amiga, Marica, ya...*"